

Araquistáin, Luis. (2025). *El pensamiento español contemporáneo. Edición y estudio preliminar de Gerardo Bolado Ochoa*. Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria (Colección "Cantabria 4 Estaciones"), 413 pp.

El historiador, el periodista y el filósofo comparten dos rasgos: su objeto de averiguación es cualquier cosa, o sea, todo: son actividades omnívoras; y la temporalidad de dichos objetos es también, en principio, cualquiera. Son tres ocupaciones universalistas en sí mismas, aunque cada practicante pueda elegir especializarse solo en una parte de un terreno tan ilimitado. Así hay historiadores de la economía, periodistas deportivos y filósofos del lenguaje.

Si la primera característica es más aceptable a bote pronto por el conocimiento habitual que tenemos de tales profesiones, la segunda podría suscitaros más de una duda. ¿No sería mejor decir que la historia se ocupa del pasado, el periodismo del presente y la filosofía del futuro? Entiéndase menos como disciplinas que como actitudes epistémicas temporalizadas: cuando se investiga o escribe acerca de lo pasado, está la persona en actitud historiadora, *en historien* como diría un francés; cuando se fija uno en el presente, se dispondría la mente *en journaliste*; y cuando se medita sobre el futuro, se haría *en philosophe*.

Pero esto no resulta así de sencillo. El historiador parte de su presente y de su proyecto de futuro, para salir al encuentro de un pasado, que es, en verdad, puro presente: el de las huellas y signos "extantes". El periodista refiere continuamente antecedentes y busca informes y memorias que sitúen las noticias de actualidad en perspectiva temporal amplia, y al mismo tiempo se ocupa de innovaciones o tendencias presentes que esbozan ya un futuro de la sociedad. Por último, el filósofo lo es de la historia, de la sociedad en que vive y de la que adviene, cuyos signos ya se le van revelando.

Esto nos plantea, pues, el problema de cómo distinguir entre estas tres ocupaciones generalísimas en objeto y tiempo. En vez de divagar en el vacío, podemos chequearlo al hilo de la lectura de la magnífica edición que Gerardo Bolado ha realizado de escritos de intención historiográfica y politológica de Luis Araquistáin Quevedo, y que la Editorial de la Universidad de Cantabria, con su alta calidad de siempre, ha publicado en su Colección "Cantabria 4 Estaciones", que dirige desde 2019 el historiador cántabro Manuel Estrada Sánchez y se dedica a rescatar textos relacionados de uno u otro modo con la región. En este caso, Araquistáin nació en 1886 en Bárcena de Pie de Concha (su madre era montañesa) y en sus escritos se ocupó a menudo del intelectual santanderino más ilustre, Marcelino Menéndez Pelayo.

Luis Araquistáin, mestizo, pues, vasco-cántabro, fue sin duda uno de los periodistas más importantes de la primera mitad del siglo XX español, aunque su título académico era el de piloto por la escuela náutica de Bilbao. Sus muchos viajes, lecturas y facultades reflexivas, expresadas en libros de ensayo, artículos y conferencias, lo convirtieron en un pensador socio-político del grupo que pasó, entre 1910 y 1930, de un nacional-liberalismo

regeneracionista a engrosar la hasta entonces no muy abundante *intelligentsia* del Partido Socialista Obrero Español, organización que era ante todo una eficaz organización de proletarios para fines prácticos. Hacían así los intelectuales lo que ya en 1926 preconizaba Keynes, en una escuela de verano en Cambridge, como destino para los liberales: aportar o bien racionalidad a los emocionales conservadores o bien conocimiento al intelectualmente limitado laborismo. Este segundo camino fue el de figuras como Besteiro, Gaos, De los Ríos o Matilde de la Torre, mientras que otras personalidades regeneracionistas apostaban por un catolicismo liberal, como Concha Espina o Unamuno.

Como se sabe, Araquistáin llegó a convertirse en el ideólogo de cabecera del líder del PSOE, de tendencia revolucionaria, Francisco Largo Caballero, el primer socialista que en la historia de España llegó a la Presidencia del Gobierno (octubre de 1937). Araquistáin mismo ocupó cargos oficiales como político activo: diputado de las Cortes republicanas, subsecretario del Ministerio de Trabajo, delegado ante la OIT y la Sociedad de Naciones, embajador en Alemania y en Francia. En su papel al lado de Largo Caballero, abogando por superar la república burguesa y emprender una revolución social, Araquistáin ejerció mucha influencia en decisiones radicales como la sublevación de 1934 contra el Gobierno de la República, que acabó de polarizar la nación, o como el desborde de las intenciones de centro-izquierda que representaba a principios de 1936 el tándem republicano-socialista de Azaña y Prieto, lo que condujo al fracaso de la operación que había destituido al presidente Alcalá-Zamora, y originó un débil e inoperante gobierno republicano en un momento crucial de maduración de la conspiración militar.

Alguien podría decir que la recta final de su vida pagó el “karma” por tanta agitación previa: derrota y exilio, el duro Londres de la Batalla de Inglaterra, muerte de su esposa y el inesperado suicidio de su hija Sonia, de solo 23 años, problemas económicos graves, reubicación final con su hijo Finky en Suiza. Sus últimas actitudes políticas eran la búsqueda de un consenso incluso con los monárquicos para forzar el fin del franquismo, y una absoluta separación de este proyecto respecto de la URSS, para evitar la hostilidad de las potencias liberales. Se hizo verdad en él aquella frase que Kant recoge en su filosofía de la historia: *Sero sapiunt Phryges*, tarde aprenden los troyanos. La lechuza de Minerva es también la de Pericles o Cicerón, pues la sabiduría política es noctámbula y por el día solo está de turno el arte de lo político, frecuentemente “malas artes”.

¿Por qué publicar ahora este libro de Araquistáin? Hay varias razones, algunas filológicas y otras filosóficas. Fallecido Araquistáin en 1959, se publicó en Argentina en 1962 una reunión de textos: el dedicado a la revisión del pensamiento español contemporáneo; el que aplica el esquema del sociólogo austrohúngaro Gumpowicz a la historia de España; y una conferencia en el Londres de la guerra sobre las pervivencias de lo español arcaico. En 1968 se lanzó una segunda edición, también con el título genérico obtenido del primer ensayo, *El pensamiento español contemporáneo*.

Pero las condiciones de la edición no resultaban del todo satisfactorias, y Gerardo Bolado se ha tomado la molestia, 75 años después, de acudir al

documento original (publicado como inédito en el número 3 de la revista *Hitos. Anuario de Historia de la Filosofía Española*), revisar a fondo el texto y fijar lo que seguramente quedará como la edición canónica y de obligada referencia para el futuro próximo. Desde el punto de vista filosófico, esta edición es un poco diferente, ya que, aunque se mantienen el ensayo inicial y el gumplowicziano, ahora desaparece la conferencia londinense sobre la España primitiva y aparecen, en cambio, algunos textos de la década de 1950, de elevado interés para el lector.

Para Araquistáin, los hitos del pensamiento español contemporáneo eran: la época de influencia francesa (puntuada por el paréntesis reaccionario 1814-1834); el krausismo; el antikrausismo; la generación del 98 y sus epígonos (esencialmente Costa, Maeztu, Ganivet, Unamuno, Turró y Ortega). Se observa aquí el acierto de Bolado de situar al final de esta edición algunos artículos que complementan esta visión general.

En “España ante la idea sociológica del estado”, se aplica la teoría de Gumplowicz de la “lucha de razas” como motor de la historia, con la dinámica conquista-asimilación (Ludwig Gumplowicz, judío nacido en la Polonia austríaca y profesor de la Universidad de Graz, no era racista en modo alguno, sino un sociólogo y politólogo que consideraba relevante la formación de grandes estados y la mezcla de gentes y culturas para producir naciones, que para él no son eternas, sino históricas y contingentes). Gumplowicz, que ya estaba en las librerías de Madrid traducido a finales del siglo XIX para la editora La España Moderna, fue probablemente inspiración también para Ortega, pero este fue siempre muy ocultista respecto de sus fuentes bibliográficas, aunque no le valió de mucho, pues luego hubo de lamentarse de que otros lograsen fama por ideas que él ya había lanzado mucho antes. El “karma”, de nuevo.

La “idea sociológica” de Araquistáin enuncia que la historia de España es la sucesión secular de dominaciones coloniales, siendo la última la del ejército de Franco sobre el propio país. Desde luego no se puede negar que Iberia ha recibido invasiones, pacíficas o guerreras, desde muy antiguo. Esta interpretación lógicamente nos proyecta hacia el futuro: ¿pueden los españoles vivir en una comunidad política que no sea un estado conquistado o colonizado? Esta interpretación les resultará un poco espinosa a aquellos que aún quieren reprochar a los españoles su imperio colonial en ultramar, cuyos habitantes acaso consideren que sus tatarabuelos eran los realmente colonizados (en España). Por otro lado, nos permite la reflexión sobre esa extraña condición del español, a la vez víctima y culpable de la historia, lo que garantiza su apaleamiento esférico: se mire desde donde se mire.

Araquistáin acumuló una gran biblioteca. Era hombre de cultura y erudición, que se acentuó al abandonar la primera línea de acción política. ¿Fue un filósofo? ¿Un periodista? ¿Fue un historiador? ¿Fue un historiador de la filosofía? Partamos de los hechos indiscutidos: periodista y ensayista son calificaciones que no se le disputan. Era un eficaz escritor, una pluma de retórica categoría: esto tampoco se le niega. Trató de ser justo con la mayoría de autores (por ejemplo, su admiración por Menéndez Pelayo es notoria y sincera). Bolado piensa que Araquistáin escribía de historia de la filosofía desde la óptica de un periodista, y con el ojo siempre atento al

combate político presente o inminente. Sus textos son como reportajes, más que como historias, y tienen siempre una dimensión de acción política.

Pero podemos verlo suplementariamente del siguiente modo: tanto “El pensamiento español contemporáneo” como “La idea sociológica del estado” eran principios de un camino que partía del periodismo y el ensayismo para terminar en la historia de la filosofía y en una sociología histórica de la política, y así también en una filosofía de la historia. Le faltó tiempo, le faltó bibliografía, le faltó salud, la edad ya muy castigada, los años empleados en ocupaciones intensamente prácticas... Sus circunstancias no eran las mejores para reconvertirse por la vía rápida en un líder sénior de la *intellectual history*. Ferrater pudo gozar de la biblioteca inmensa de Princeton. Nicol, por un tiempo, de la de Columbia. Otros, en la Johns Hopkins o en Yale. Araquistáin leía lo que podía, no lo que necesitaba. El mérito de su estudio debe valorarse también sobre el trasfondo de las adversidades.

Era un proto-historiador, que es lo que muchos periodistas son también; y puede que hasta un proto-filósofo, al menos de la historia y la política. Ya no era un periodista, propiamente dicho, en esa década de 1950. Era una *res cogitans* en tránsito. Ello reviste gran interés, pues en las zonas fronterizas entre filosofía, historiografía y periodismo es donde mejor podemos apreciar el reto diferencial que para la cognición representa cada una de ellas.

Textos sabrosos, amenos, con afán de juzgar teorías y teóricos. Un trabajo riguroso de edición a cargo de Bolado, con un estudio preliminar modélico en el género. La Colección “Cantabria 4 Estaciones” publicó hace ya años la edición y estudio de la historiadora cántabra Ángeles Barrio de textos del Araquistáin de la época de la revista “España”. Este libro de Bolado complementa ahora la tarea de recuperación, con textos de la última madurez de Araquistáin. Si en 1916 era este un joven social-liberal regeneracionista y anglófilo, cuatro décadas después buscaba en la historia política profunda e intelectual de España la clave para un futuro más a tono con las democracias de Occidente, lejos ya de las fiebres de dictaduras proletarias.

Uno de los valores de esta cuidada y experta edición es la integración de ensayos y artículos de Araquistáin del periodo 1953-1957. Todos ellos muy interesantes: sobre Donoso Cortés, Ortega y Gasset, Marcelino Menéndez Pelayo, el marxismo en España, y Unamuno. Si bien se mira, todo ello tiene que ver con la pasión española por la filosofía de la historia, propia de un pueblo de historia densa, universalista, dramática, sujeto agente o sujeto paciente de imperios varios, creador de cultura que vale para la humanidad y no es mero producto local. Que el pensamiento español se haya dado tanto a las vertientes ética y estética, es decir, donde hay algún canon de la sensibilidad hacia del “deber ser”, una persecución denodada del bien y de la belleza, es en sí mismo un problema filosófico-histórico.

Problema que lleva a preguntar por qué nuestra renovación pedagógica se basó en pensadores alemanes de segunda división; por qué la defensa de los valores cristianos resultó especialmente inquisitorial y antiliberal; o por qué los impulsores intelectuales del regeneracionismo fueron reacios a la articulación pragmática de la política y prefirieron la ufana posición de

predicadores frustrados y frustrantes; o, finalmente, por qué el marxismo, una corriente de pensamiento que se remontaba ya la segunda mitad del siglo XIX, no ha encontrado en la España contemporánea ni un solo teórico digno de figurar en el *dream team* de la izquierda mundial. En definitiva, por qué el país que, como decía Croce, inventó el término “liberal”, lo ha sido él mismo tan escasamente. La figura de Araquistáin pertenece por derecho propio a la lista de chequeo *ad hominem* de esta serie de relevantes cuestiones.

Por ello la actualidad de Araquistáin seguramente no está en las soluciones y juicios que adelantaba, sino en recordarnos una serie de preguntas que hemos de seguir haciéndonos, no solo sobre la historia de España y de su cultura, sino sobre nuestro papel en la vida de la humanidad, presente y futura. El leitmotiv *historia magistra vitae* es muy claro en Araquistáin, aunque a menudo hemos de leer sus interpretaciones a la inversa, *vita magistra historiae*, cuando no logra desprenderse de una táctica política cortoplacista y deja que se le cuele, como un gato travieso, a revolver piezas en el taller de las interpretaciones.

Araquistáin fue uno de los mejores escritores periodísticos y ensayísticos de la primera mitad del siglo XX. Fue autor de relativo éxito, también, de dramas y novelas, algunas de ellas de ciencia ficción y mucho subtexto filosófico. Leerle es un placer estético por la claridad y contundencia de la prosa; es reaprender que podemos emplear nuestra lengua para decir cosas importantes de un modo que todos pueden entender. En Ortega la claridad era la cortesía del filósofo; en Araquistáin, la obligación del periodista. Pero ser un filósofo descortés confiere, desde Heráclito, incluso prestigio, mientras que ser un periodista oscuro conduce al despido. Araquistáin fue un periodista que quiso ser más: historiador, filósofo. Tuvo esa ilusión de vejez. Reconozcámosle que toda *sofía* comienza por una *filosofía*, por un querer. No le faltó amor a la sabiduría, sino tiempo para la praxis teórica. Esa pasión por una claridad que, más allá del acontecimiento, llegara a las estructuras culturales y a los grandes procesos sociales, es el espíritu que atraviesa estas buenas trescientas páginas, que Bolado clausura con un útil índice de nombres. Que se haya tardado seis décadas para una edición académica de *El pensamiento español contemporáneo* dice acaso algo sobre el pensamiento español contemporáneo.

Juan Luis Fernández Vega

ORCID 0000-0001-9197-2283

Doctor en Historia. Licenciado en Filosofía y en Periodismo
Sociedad Cántabra de Historiadores de la Filosofía Española (SCHFE)
International Association for Semiotic Studies (IASS-AIS)